

rendirse ante el argumento que las instrucciones que el difunto había dejado en mi escritorio establecían que una vez velado en el hogar se trasladara su cuerpo a Montevideo para ser cremado. Don Ahmed había dejado previsto y en depósito en mis manos el dinero necesario para cubrir los gastos por tales conceptos y había seleccionado una empresa de pompas fúnebres, _ él la llamaba cochería _, de Maldonado para que realizara dichas tareas. Comunicué a Doña Zulma que ya había llamado a la empresa desde Minas y que enviarían un furgón para retirar el cuerpo. Doña Zulma lloró y gritó al conocer todas estas previsiones que iban en contra de su costumbre y olvidada fe, pero terminó aceptando aunque a regañadientes la voluntad de su difunto marido. En ese momento pensé que jamás se lo perdonaría y por algunos instantes temí por mi propia integridad. Doña Zulma era magra de carnes y no muy alta, pero lo suficientemente enérgica y decidida para poner en su lugar a más de uno. Esos atributos serían necesarios para afrontar su viudez con altivez, cuidar sola a sus hijos y administrar los bienes heredados. En su letanía me enteré que ni ella ni Don Ahmed tenían familiares en la cercanía. Una hermana de Don Ahmed estaba casada y vivía en Montevideo y en los últimos quince años no se habían escrito una letra. La familia de Doña Zulma, su padre y un hermano, vivían en la frontera con Brasil y allí se había conocido la pareja en un viaje de Don Ahmed. Había solicitado la mano al padre y luego del fugaz noviazgo y del casamiento se habían instalado en Rincón del Sauce de donde Doña Zulma no salió más. Don Ahmed sí salía del pueblo por largos períodos para comprar y vender mercaderías. Se alejaba por cuatro meses, regresaba y estaba al frente del negocio por cuatro meses y así sucesivamente.

Vecinos y vecinas que comenzaron a desfilar por la casa de duelo dieron testimonio del respeto que el comerciante fallecido se había sabido ganar en el pueblo. Doña Zulma